

Katia Benavides Romero
Universidad Nacional

**LA RECONSTRUCCION DE LA AUTOIMAGEN DAÑADA
EN “MARIA LA NOCHE”, DE ANACRISTINA ROSSI**

LETRAS 15-16-17 (1987)

Cuando Simone de Beauvoir publicó su entonces revolucionaria obra **El Segundo Sexo**, en 1949, dedicó un extenso capítulo al conflicto originado en la relación madre-hija, que definió como relación entre dos seres de un mismo sexo y en igual condición de dominación cultural, social y política. Al analizar la situación de la mujer, la escritora se asombraba del hecho de que la sociedad confíe las frágiles vidas de los niños a personas en su mayoría insatisfechas sexual, social y políticamente, que tratarán de compensar por medio de los infantes todas o parte de sus frustraciones de adultas.

La novela **María La Noche**, de Anacristina Rossi, trata el tema de la relación entre madre e hija, muy conflictiva durante la infancia y la adolescencia y, en un plano de igual importancia, narra algunas experiencias de esa hija, ya veinteañera, lejos de su tierra natal.

El motivo ha sido tratado anteriormente por escritoras contemporáneas, con mayor frecuencia durante los últimos diez a quince años. **María La Noche** presenta en este sentido algunas semejanzas con la novela de Marie Cardinal, **Les Mots pour le dire**.

En efecto, las protagonistas de ambas obras han sido niñas rechazadas por sus madres, prácticamente desde el momento de la concepción. Las dos son víctimas de la crueldad de sus respectivas madres, quienes, asimismo, son prisioneras de un modo de vida que detestan y sobre el cual no logran ejercer el menor control. En cada caso, la hija se apega y se identifica fuertemente con el paisaje geográfico de su infancia: exuberante como la costa atlántica de la novela de Rossi, exótico como la Argelia del libro de Cardinal, tierras, a su vez, sitio de hombres colonizadores. Además, el rechazo materno provoca en las hijas un estado de ansiedad similar, que las obliga a una constante búsqueda de aprobación y de cariño. Finalmente, ambos personajes aparecen frecuentemente ligados, aunque de diferente manera, al contacto con la sangre, ya a través de "hilos de sangre" o heridas que presagian la muerte, en el caso de Rossi, ya mediante hemorragias menstruales incontenibles, en el de Cardinal.

En **María La Noche**, la narración está a cargo de dos personajes: Antonio y Mariestela. Entre ellos se establece una relación amistosa, que será el medio para conocer la vida presente y pasada de la mujer. Antonio parece, sin embargo, subordinado a Mariestela, y diríase que tiene una función más bien utilitaria: Mariestela se convierte en un enigma permanente que lo fascina y lo atrae, y es por medio de esta cuasiobsesión por descifrar la personalidad de su joven amiga, que ésta logra extenderse en todas sus facetas. De hecho, así lo reconoce ella cuando dice: “¿Quieres saber de mí?, te vuelvo a preguntar sin confesar que te busqué para eso, que en la seguridad de tu respiración podría desenrollar tiras y tiras de personal historia (. . .) Y yo, (. . .) accedo a enseñarte el tejido suelto de algunas obsesiones, o capítulos” (p. 113).

Mariestela desenreda entonces la trama dolorosa de su infancia, en la cual aparece la niña agredida, solitaria, confundida entre su necesidad de ser amada y el “amorodio” sentido hacia su madre.

Ahora bien, al conocer a esta niña vejada y carente de amor, y seguirla hasta sus veintitantos años, ¿sería posible ver en el transcurso de este trayecto la evolución del personaje hacia la aceptación de su autoimagen, dañada por el rechazo y la agresión maternos durante la infancia?

Si se parte de que la personalidad se constituye y se diferencia por medio de una serie de identificaciones (1), las cuales representan casi el único principio de aprendizaje necesario para explicar el desarrollo de la personalidad (2), es posible imaginar el daño que la necesidad afectiva insatisfecha puede causar en la autoimagen del niño. En la relación entre madre e hija intervienen, además, dos factores en el desarrollo de la autoestima de la niña. Por una parte, la aceptación y el cariño manifestados por la madre. Por otra, el aprecio y la aceptación que la madre demuestra para consigo misma. De esta manera, la madre es a su vez espejo y sujeto de identificación para la hija, primer y más cercano modelo femenino.

En su libro **My Mother My Self**, Nancy Friday señala que nuestro valor, nuestro sentido de identidad y la certeza de ser valiosas, nuestra capacidad de trabajo, de amar a los demás y a sentirnos amadas, provienen de la “fuerza” del amor materno recibido cuando niñas (3).

(1) Grazia Honegger Fresco, I bisogni della prima età nelle case dei bambini, en “la via femminile”, n. 1, diciembre 1968. Citado por Elena Gianini Belotti, *du côté des petites filles. des femmes*, octubre 1983, p. 80.

(2) “Vita dell’ infanzia”, N° 7, abril 1972. Citado por Gianini, p. 80.

(3) Friday Nancy. **My Mother My Self. The Daughter’s Search for Identity.** Dell Publishing Co. Inc. Nov. 1978. New York, N. Y. p. 55.

Es justamente este *sentido de identidad* el que Mariestela tratará de encontrar a su alrededor. Cuando la protagonista de **María La Noche** dice infancia, dice también lluvia, charcos, tierra de bichos tropicales, de enfermedad, de pobreza y de vegetación desbordante y salvaje. Mariestela es también esa región inhóspita e incomprensible que sus tíos y su padre tratan en vano de dominar, desgracia constante para su madre bella y citadina, atrapada en el pantano inclemente de la región atlántica. Surge, pues, aquí una primera identificación entre el personaje y el elemento geográfico, fusionados bajo un mismo sentimiento de dominación:

En casa me querían desyerbar el yoliyal, secarme los pantanos, drenar modernamente mis acequias o mis ríos interiores, entubarlos para no perturbar el vecindario. (p. 64).

La identificación de la hija con la tierra de su niñez contrasta dos aspectos: si bien, por un lado, el lugar es detestado por la madre, tal y como lo siente la niña, por otro, percibe que es objeto de atracción y de profundo apego por parte del padre, los tíos y el abuelo, "enamorados (. . .) embrujados (. . .) retenidos por la tierra tan fuerte que apabulla y confunde, por el agua constante e infinita, por el mar receloso retumbando grosero en la distancia" (p. 178). Esta ambivalencia de sentimientos la guarda Mariestela para sí misma y le permite, en cierta medida, compensar el repudio materno, una especie de alivio en su situación dolorosa: como ese mar y esa selva, es posible no ser del todo detestada, el odio de la madre se torna relativo, pues también la niña tiene una parte fascinante que puede ser amada por otros.

Siempre dentro del ámbito familiar, la figura de la abuela juega un importante papel, pues la niña pasa varios de sus años preadolescentes bajo su cuidado, cuando se hace demasiado evidente la imposibilidad de convivir con su madre. La abuela, que también "metió cabeza" para vivir en el Atlántico, a quien nunca importaron los inclementes aguaceros, ofreció a Mariestela un modelo femenino no solo diferente sino opuesto al de su madre. Mujer de carácter fuerte, la abuela paterna contrastaba con su delicada nuera de manos de pianista, y estaba, como sus hijos, seducida por el encanto de la región:

Aquí traía a sus hijos como una hipnotizada, crió doscientos caballos ella sola, haciendo cruces experimentales que dieron el muy digno caballo de carreras criollo a partir de un semental inglés y de una pobre yegua jamaicana. (p. 179).

Además de modelos con los cuales identificarse, Mariestela busca colmar su cariño insatisfecho, y encuentra tres sustitutos estrechamente ligados a su tierra: "el Negro", habitante de la zona atlántica, "Flicka", la yegua regalo de su abuelo y "Cristina", la boa. Estos tres, a quienes llama sus "únicos amigos", son signi-

ficativamente eliminados por intervención directa o indirecta, pero en todo caso cierta, de la madre. La yegua y la boa abandonan sin embargo su papel de simples sustitutos afectivos y se convierten en figuras de identificación para la niña, la boa como víctima, ligada con la muerte, la yegua como fuerza vital. De esta manera, al evocar agresiones físicas sufridas en su infancia, la protagonista establece un paralelo con la boa: “me acordaba todo el tiempo de Cristina, mamá destajando a Cristina sobre la piedra” (p. 202). La identificación con la yegua se sitúa en el otro extremo, el de la vida, y ambas son por momentos un ser indiviso, compenetradas de una fuerza común, en uno de los pasajes más hermosos de la novela:

Me impregné de su aroma, su tibieza y, sin montura, con un cabestro que encontré, un cabestro viejo de mecate gordo, la monté, los caballos que han corrido en el hipódromo tienen la boca rota y dura, tienden a desbocarse, por eso galopamos de una manera sabia y contenida, sin prisas galopamos, nos perdimos por un portón abierto, la monté y respondimos como si fuéramos una, solo una, centauro que recobra su perdida unidad, y babeamos una espuma verde y pegajosa, y su crin interminable fue mi pelo y mi pelo interminable fue su crin y sus cascos mis botas y mis pies sus ranillas y la visión del pasto en el atardecer y de los árboles contra el horizonte provenía de mis ojos en su fina cabeza, de sus ojos en mi cara azulados y acuáticos y en el viento levantamos la cola, la bandera de un territorio amado, mientras el sol nos enrojeció el pelaje antes de hundirse muerto, y metimos las patas en la selva y salimos de nuevo a la llanura. (p. 237).

Rossi presta también un pasaje del discurso al personaje de la madre y, tal y como Beauvoir lo mencionó, en ella subyace la frustración personal como razón oculta de la agresión física y moral hacia la hija. En una confesión llena de odio, la madre se dirige a su “hija primera”, cuya presencia, “me ha cerrado el futuro y me obliga a mordisquear un presente inmóvil que será siempre idéntico a sí mismo” (p. 197). Esta intervención de la madre, que aparece en un sueño de la hija, constituye asimismo un intento de la protagonista de comprender el rechazo materno, esta vez mediante una identificación con su agresora. Se trata del fenómeno psicológico que describe Bruno Bettelheim, según el cual el infante en situación extrema se identifica con su opresora mediante la “internalización” de los sentimientos más fuertes de la madre, a la vez que se reconoce como causa del conflicto. Al “comprenderla” mediante la identificación con ella, Mariestela prefiere su propia “no existencia”:

... y las lágrimas le brotaron sin ruido, despacio, y yo la amé (. . .) y la vi jovencita todavía adolescente, su carrera de pianista estropeada, y la vi casándose, y la vi embarazada sin dejar de ser adolescente, y pesé demasiado y quise devolverme hasta la no existencia, liberarla, sentí los golpes que le había dado a esa panza malvenida e incómoda (. . .) (pp. 232-233).

Esto último recuerda también el caso narrado por Jeanne Hyvrard en su novela *Les Prunes de Cythère*, en la cual la hija preferiría devolverse al útero materno como alternativa para no destruir el frágil ego femenino de la madre. Mediante el deseo de reintegrarse al vientre, la hija se identifica con su madre castrante, con cuya matriz anhela de nuevo fusionarse.

Durante la época adolescente, Mariestela "internaliza" el rechazo de la madre y éste se convierte en un profundo autodesprecio que, al igual que lo sintió la madre en su momento, la "inmoviliza":

Me detesto porque no sirvo para nada, pero mi vida no ha sido siempre así, me detesto tan profundamente que me asusto y del susto no me muevo, del susto paso horas sentada en esta cama, tratando de calmarme del gran susto que me da no hacer nada y estoy tan ocupada tratando de calmarme de ese susto que no puedo hacer nada. (pp. 91-92).

La vida, afirma Nancy Friday en su obra antes citada, ofrece durante la adolescencia una segunda oportunidad para aquel que cuando niño no tuvo la atención de padres amorosos. En este período es aún posible colmar esa falta, al lado de otros modelos y sustitutos afectivos.

Adolescente aún, Mariestela comienza a frecuentar diferentes amistades, en cada una de las cuales busca los aspectos necesarios para la definición de su propia identidad. Así, Alejandra es su "superego intelectual" y Sofía su "ángel complaciente y comprensivo". Además, las madres de sus amigas le demuestran que "no todo está perdido", que de pronto hay adultos con cuyo amor incondicional satisfacer sus ansias de cariño.

Es notorio el sentimiento de solidaridad y admiración que Mariestela demuestra por sus amigas adolescentes, como si tratara ante todo de destacar las partes positivas de sus congéneres, a quienes dar y de quienes recibir un cariño común. Algo de recuperación del amor materno a través de ellas se percibe mediante la presencia de imágenes asociadas con estados infantiles. Por ejemplo, Sofía con su "alma nutritiva y vistosa como leche sin pasteurizar" (p. 51) y Octavia, "con ese pelo denso y protector y biberones con sus mamaderas, y el hisopo guardado en una bolsa" (p. 88).

Sin embargo, lo que logra finalmente rehacer su autoimagen mutilada es el encuentro con Octavia, lejos de su familia y de su tierra. En la novela, Rossi presenta a Octavia como otro personaje pero, tal y como lo menciona Antonio, no le confiere vida propia. Más bien diríase que es una fuerza, una presencia, un elemento que completa a Mariestela. De hecho, Antonio habrá de definir a Octavia como un ser "extraterrestre", complemento de una Mariestela "demasiado humana, tan pegada a la tierra, con un exceso de sangre y vitalidad" (pp. 173-174).

Para reformar su autoimagen Mariestela debe separarse del pasado y es Octavia quien le tenderá su mano amorosa e incondicional para ayudarla a romper con él. Mariestela se aventura a múltiples experiencias sexuales y deja atrás a la niña para dar paso a la mujer adulta. La narración cambia de estilo y se convierte en un largo poema en prosa, donde fluye incontenible el discurso erótico y sensual que describe un período después del cual, asevera Mariestela, “ya nunca fui la misma” (p. 127). La protagonista desafía lo “permitido” por la sociedad, acepta el riesgo de las etiquetas que ésta habrá de imponerle y escoge la alternativa de experimentar distintas formas de relacionarse con sus semejantes:

... los psicoanalistas calificarán mi actitud de ninfomanía pura, hermoso sustantivo de resonancias griegas que viene a sumarse a los dos adjetivos precedentes: histérica y lesbiana (...). A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que tengo con la gente —con toda la gente— relaciones fundamentalmente sensuales. Antes de que me haga vieja probaré el máximo posible de bocas como frutos, de labios nórdicos o tropicales. (p. 216).

Tan necesaria es la incorporación de Octavia a su vida, que no es sino cuando Antonio accede a poseer y ser poseído por ambas mujeres, que Mariestela experimenta con él el máximo placer sexual y su vínculo se fortalece:

... ahora justamente que algo nos une (...) porque construyó conmigo y con Octavia una escena devastadora, sin par. (p. 159).

Octavia parece, pues, concretar y unir los intentos de autoafirmación de Mariestela que, hasta su encuentro, permanecían fragmentados, les da cabida en una sola personalidad, y se convierte en agente totalizador de ese pasado:

... de ella no me puedo separar (...) pues perdidas estaban mis amigas de adolescencia, rotas, desnucadas y lejanas como muñecas viejas. Octavia hace que yo las recupere, las arme, las reviva en una cálida fusión aún más grande porque ya somos grandes, madurez hormonal o atrevimiento. (p. 45).

La protagonista que titula la novela, María, reconoce en Octavia “una estela, algo así como otra yo más alta” (p. 42) y fusiona esa imagen de rastro acuático o celeste con su nombre, de donde sale, completada, Mariestela.

Mediante la identificación con Octavia, Mariestela parece reconciliar en sí misma la ternura infantil insatisfecha, la sexualidad de adulta, la confianza y el amor por la vida, todo por medio de la aceptación y la complacencia por ella misma, una identidad definida y reconocida de la que dirá, finalmente, “además te quieró, imagen de mí misma, cienmujer” (p. 88).

Más allá de la historia presentada en la novela, **María La Noche** permite reflexionar sobre aspectos sociales y psicológicos generales de la mujer. La evolución de la protagonista hacia una aceptación de sí misma, determinada en sus relaciones con el ambiente en que vive, sus conflictos originados en el rechazo materno, y su percepción de una sociedad rígida y prejuiciada, a pesar de la cual lucha por encontrar un lugar propio, también pueden situarse en un contexto más amplio que el del personaje y su familia.

De esta manera, Mariestela encarna además el dolor de un conflicto no resuelto entre muchas madres e hijas; la madre de la protagonista, sufre a su vez trastornos psicológicos similares a los de otras mujeres cuyos anhelos han sido frustrados por una sociedad limitativa; finalmente, la búsqueda de definición de Mariestela es asimismo el intento de muchas de sus congéneres por encontrar, mediante nuevas experiencias, un conocimiento de sí mismas conducente a su realización plena.

Así, en **María La Noche**, Anacristina Rossi enfoca la vida de una mujer cuyo desarrollo revela otras posibilidades de acceso al conocimiento personal y a la constitución de una identidad propia.

BIBLIOGRAFIA

- Beauvoir, Simone de. **Le Deuxième Sexe**. Collection Idées, NRF Gallimard, Paris, 1979.
- Bettelheim, Bruno. Preface and afterword to **The Words To Say It**, An Autobiographical Novel by Marie Cardinal. Picador, London, 1984.
- Cardinal, Marie. **Les Mots pour le dire**. Le livre de poche, Bernard Grasset, Paris, 1982.
- Friday, Nancy. **My Mother My Self. The Daughter's Search for Identity**. Dell Publishing Co. Inc. Nov. 1978, New York, N. Y.
- Gianini Belotti, Elena. **du côté des petites filles**. des femmes, octobre 1983.
- Hyvrard, Jeanne. **Les Prunes de Cythère**. Minuit, 1975.
- Le Clézio, Marguerite. "Mother and Motherland: The Daughter's Quest For Origins" in *Stanford French Review* V.
- Rossi, Anacristina. **María La Noche**. Lumen, Barcelona, 1985.